Globethics Repository



¿Movimiento o partido? El Peronismo [¿Movement or party? Peronism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Urriza, Manuel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-07 04:51:11
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221494

Nueva Sociedad Nro.74, Septiembre- Octubre de 1984, pp. 69-75

¿Movimiento o partido? El Peronismo

Manuel Urriza

Manuel Urriza: Profesor universitario argentino. Posgrado en Ciencias Políticas y en Historia de las Américas. Sus publicaciones más recientes son: "Perú: cuando los militares se van", (1981), "América Latina: ¿hacia qué democracia?" (1983), "El empresariado ante la integración latinoamericana" (1984).

En la primera parte el autor realiza una descripción del tipo de partido político, elitesco y desmovilizante, que organizan los sistemas políticos, sociales y económicos de América Latina dominados por las oligarquías o las burguesías, según el grado de desarrollo de las fuerzas de producción de cada país, y afirma que, como alternativa ante estos sistemas cerrados, aparecen los "movimientos" como cauce para la expresión de las masas populares, los cuales asumen una necesaria actitud de heterodoxia formal y de antipartido elitista. A continuación señala los lineamientos generales de estos movimientos.

En la segunda parte sitúa al peronismo dentro de los "movimientos" y describe sus especificidades organizativas e históricas poniendo de manifiesto la utilización alternativa de la forma de "movimiento" y de "partido" (aunque ésta lo sea con características muy peculiares) que aquél realiza según sea el objetivo a alcanzar. De ello concluye que la alternativa movimiento o partido tiene para el peronismo mucho de aparente pero, de todos modos, la forma de partido que en su caso puede ser pensada no tendrá nada en común con las organizaciones del sistema descritas en la primera parte.

Finalmente, plantea que la resolución de dicha alternativa, en caso de ser necesaria, no podrá ser meramente especulativa pues dependerá de los objetivos y del contexto en que deban moverse las masas populares argentinas en su lucha por la reivindicación social y la liberación nacional.

Un presupuesto epistemológico básico para encarar correctamente la consideración del peronismo, y la consideración en general de los partidos y movimientos políticos en América Latina, es hacerlo a partir de la realidad contextual en que las experiencias concretas se producen y no, como frecuentemente se ha hecho, desde el marco de la teoría (que muchas veces es de origen extralatinoamericano), lo cual ha sabido llevar a muy distorsionadas conclusiones; dicho de otro modo, creemos que el camino metodológico debe recorrerse en este caso desde la historia hacia la teoría y no a la inversa.

PARTIDOS POLÍTICOS: INSTITUCIONES DE LA ELITE

En términos generales, el tipo de partido actuante en la historia política latinoamericana, desde la última parte del siglo XIX y lo recorrido del siglo XX, puede definirse como liberal oligárquico (o liberal burgués , según sea el grado de desarrollo de las fuerzas de producción en cada caso) en cuanto ha estado concebido sobre los presupuestos de la igualdad civil y la representatividad política, principios ambos que pertenecen al pensamiento liberal europeo, pero que son aplicados a sistemas sociales oligárquicos dominados por élites económicas cuyo poder proviene de la tenencia de la tierra, creadora de relaciones de producción de carácter casi feudal o, en sectores más modernos, del gran capital financiero con vinculación transnacional.

Estos sistemas sociales producen sistemas políticos a su hechura y semejanza destinados a complementar y reforzar el poder de las oligarquías que alargan su brazo para dominar el poder político formal, para lo cual la élite económica genera una élite política subordinada que la expresa y con la cual intenta legitimar la dominación, mediante la aplicación de sistemas políticos supuestamente reproducidos del ámbito europeo.

El órgano institucional de actuación de esa élite política es un tipo de partido político cerrado, de clientelismo pasivo, que aplica manipuladoramente el principio de representatividad reservándolo a la minoría pro-oligárquica, desmovilizante de las masas populares e ideológicamente foráneo. En los momentos coyunturales en que alguna expresión de la voluntad popular hace peligrar la continuidad de esta organización, la misma no trepida en apelar directamente al fraude, encubierto o no, echando al traste con todos los tomos de la literatura política que supuestamente lo inspiran.

Es el caso de Colombia, donde los dos partidos tradicionales - dominados por la oligarquía terrateniente y cafetalera - llegan a hacer fluctuar la abstención electoral entre el 65 y el 80 por ciento[1] de una ciudadanía desentendida por cansancio de sus propuestas y candidatos, situación contra la cual, entre otros, intenta reaccionar el líder popular Eliecer Gaitán en su célebre Bogotazo del año 1948. Antonio García define muy bien este fenómeno en una observación extendible a todo este tipo de sistemas políticos: "La abstención electoral de la mayoría no es un síndrome del modelo político sino una expresión objetiva de su misma naturaleza, ya que el mo-

[1]Este tema lo hemos desarrollado en nuestro trabajo América Latina, ¿hacia qué democracia? , CIDAL, Buenos Aires, 1983.

delo se apoya en este dilema: o la mayoría está con el sistema político para que su voto tenga validez y eficacia o se abstiene de votar, y entonces una minoría se transforma en la mayoría de los que están"[2].

Es también el caso del sistema político argentino con los partidos de fines del siglo pasado y primeras décadas del actual manejados por la oligarquía latifundista y contra el cual intenta una reacción el caudillo popular Hipólito Irigoyen, para caer derrotado por la combinación oligárquico-militar en 1930 y ser sobrevivido por la época más escandalosa y desvergonzada de lo que, impunemente, las mismas élites políticas llaman el fraude patriótico .

La élite oligárquica creadora de este tipo de sistema político ilegítimo cuenta con una segunda línea de sostenimiento que es la élite militar, la cual hace cumplir a las fuerzas armadas una función de policía interna contra las indocilidades populares y, si en alguna indocilidad imprevista el pueblo logra acercarse al poder, las hacen operar a través del golpe de Estado para devolvérselo en plenitud a la élite oligárquica como ocurrió, precisamente, en los casos de Irigoyen y Perón en la Argentina. Este fenómeno, repetido en muchos países, hace decir en 1968 al general Velasco Alvarado, circunstancialmente triunfante y presidente del Perú, aquella frase famosa: "las fuerzas armadas hemos sido los perros guardianes de la oligarquía".

MOVIMIENTOS POPULARES: DESAFIO A LOS PARTIDOS

Dentro de este sistema social, económico y político que no sólo no procesa las demandas del pueblo, sino que, precisamente, está montado para cerrarles el paso, las masas populares no tienen posibilidad ninguna de reaccionar a través de los mecanismos institucionales que son los partidos políticos.

El papel de los "movimientos" es, entonces, el de dar cauce a esas masas populares no por dentro sino al margen del sistema de partidos, como un desafío a sus cánones y reglas, en una heterodoxia deliberada y necesaria que la teoría política "ilustrada" obtusamente calificó de "bárbara", "populista", "fascista" o, como en el caso del peronismo argentino, de "aluvión zoológico".

Aunque algunos de estos movimientos, en ciertos tramos históricos, tienen que "revestirse" de una particular forma partidaria, estos cauces populares irrespetan las

[2]García, Antonio: Los límites del modelo liberal del crecimiento económico. Análisis de la experiencia colombiana , en Trimestre Económico , México, julio-septiembre 1978, No. 179, pág. 626.

formas organizativas y los mecanismos de representación tramposos del sistema y, entre otros elementos, los reemplazan por un nuevo eje estructurador y referencial conformado por la conducción de líderes carismáticos. Pero estos líderes populares no generan los movimientos políticos, porque no son hacedores sociales mágicos, sino que tienen la facultad de detectar la insatisfacción de las masas, se convencen de la necesidad de su reivindicación, perciben la viabilidad histórica del cambio y tienen la capacidad de congregarlas, en una actitud histórica exactamente inversa a las de las élites oligárquicas.

Estos "movimientos" no son uniformes en sus objetivos específicos ni en su desarrollo histórico. Existen diferencias entre el peronismo argentino de 1945, el laborismo brasileño de 1930, la "revolución boliviana" de 1952, el proceso guatemalteco de octubre de 1944, el sandinismo nicaragüense de principios de la década del 30 o la "revolución peruana" de 1968. Sin embargo, todas estas experiencias son portadoras de dos objetivos centrales: la reivindicación social de las masas y la independencia nacional ante el imperialismo.

Este segundo objetivo de liberación es ideológicamente definitorio dada la implantación histórica de estos movimientos en un continente estructuralmente dependiente y trae como consecuencia que, como en toda empresa independentista nacional, los movimientos agrupen en función de la pertenencia a la nación más que de la pertenencia a una clase . Esta circunstancia los hace policlasistas y, aunque predominantemente se componen de los sectores populares y obreros, no están atados a dogmatismos de clase; es decir, son más nacionales que clasistas.

Precisamente, el contenido nacionalista que portan es criticado por ciertas perspectivas internacionalistas y esa característica, sumada mecánicamente a la circunstancia de que varios de los líderes populares provienen de las fuerzas armadas, basta para que algunas versiones los tilden de "militaristas", "nazis" o "fascistas".

Es de observar, sin embargo, que casi todas las experiencias movimientistas que llegan al poder son derrocadas por golpes militares, aún en los casos en que sus líderes provienen de ese sector (como, por ejemplo, Perón, Arbenz o Velasco Alvarado), lo cual indica que los mismos no son, o dejan de ser, expresión de los cuerpos armados mientras sí lo son de las masas populares.

El caso de la llamada "revolución peruana" es típico en este aspecto. Inmediatamente de producida la toma del poder, el 3 de octubre de 1968, la prensa soviética,

por ejemplo, califica al gobierno de "fascista" guiada, seguramente, por el carácter militar de sus dirigentes y por el procedimiento empleado para su acceso al poder. Sin embargo, el proceso allí iniciado pone en marcha reformas estructurales de la sociedad peruana y logra el apoyo de masas obreras y campesinas a raíz de lo cual se lo termina caracterizando como un proceso "socialista" y hasta "marxista". Pero lo más importante para nuestro análisis es que las fuerzas armadas que le sirven inicialmente de sostén se convierten luego, conocida la dirección real del proceso, en su límite y más tarde en su verdugo[3].

Algo semejante ocurre con el peronismo, que en sus inicios encuentra respaldo en sectores militares para sufrir más tarde el enfrentamiento de las fuerzas armadas y ser derrocado por ellas, pese a su legitimidad electoral, cuando advierten su carácter popular y transformador. También es semejante el caso de Vargas, derrotado por los militares brasileños en octubre de 1945, y el del coronel Arbenz derrotado por los militares con colaboración norteamericana como, por cierto, también ocurre en los casos anteriormente mencionados.

Por ello, estas experiencias nada tienen que ver con el modelo militarista que O'-Donnell llama Estado "burocrático-autoritario", el cual ha tenido y tiene aplicación latinoamericana, pero exactamente a contramano de los movimientos populares ya que nace para detenerlos y reprimirlos pues, como dice el autor, "estos regímenes, a partir de Brasil del 64, la Argentina del 66 y mucho más agudamente Chile del 73, Uruguay del 73 y la Argentina del 76, son implantaciones autoritarias que ocurren como consecuencia de que los sectores populares alcanzan un alto grado de movilización y organización"[4].

Otros aspectos que algunos cuestionan a estas experiencias es su presunta falta de carácter "revolucionario". Preferimos prescindir del término "revolucionario" por lo equivoco de su significado, pero sostenemos que, con variedad de grado y amplitud, estos movimientos populares constituyen procesos de transformación social representada como mínima expresión, en la toma de conciencia de las masas respecto del papel que les corresponde dentro del conjunto de la sociedad. Las insuficiencias y limitaciones que estos movimientos pueden haber mostrado, y que sin duda tienen, no invalidan este logro que, en la mayoría de los casos, hace irreversible el avance popular además de demostrar su viabilidad histórica.

---

[3]Tratamos extensamente este tema en nuestro trabajo Perú : Cuando los militares se van , CIDAL, Caracas , 1981.

[4]O´Donnell, Guillermo: El miedo es un animal histórico, entrevista en Clarín, Buenos Aires, 26 de agosto de 1984, pág .16.

El sentido y el grado de las transformaciones que estas reacciones populares producen, debe ser observado y valorado en el contexto en que ellas operan y en proporción a sus posibilidades históricas. En tal sentido, sirve de ejemplo lo que expresa Selser refiriéndose al proceso guatemalteco de Arbenz y Arévalo: "lo revolucionario no es, al menos en una primera etapa, proponer la modificación sustancial de las estructuras socioeconómicas tradicionales, sino el elemental ejercicio de las formas democráticas prácticamente desconocidas en el país a todo lo largo de su vida republicana independiente"[5].

Efectivamente, lo que en un contexto de etapas superiores de desarrollo popular resulte rezagado puede constituir, sin embargo, un importante avance social y político en sistemas tradicionales, razón por la cual cada experiencia debe ser evaluada en sus propias circunstancias de espacio, tiempo y posibilidades, reflexión ésta sumamente obvia que, sin embargo, ha sido frecuentemente olvidada.

En cambio, el riesgo que corren los movimientos populares, sobre todo cuando han alcanzado el poder, es su mutación en organizaciones cristalizadas que produzcan un sistema de desmovilización popular y de nuevo autoritarismo y que, perdiendo su calidad de generadores de poder, se transformen en meros conservadores del poder al estilo de los partidos políticos contra los cuales reaccionan.

El papel de los "movimientos" es, entonces, el de dar cauce a esas masas populares no por dentro sino al margen del sistema de partidos, como un desafío a sus cánones y reglas, en una heterodoxia deliberada y necesaria que la teoría política "ilustrada" obtusamente calificó de "bárbara", "populista", "fascista" o, como en el caso del peronismo argentino, de "aluvión zoológico".

Aunque algunos de estos movimientos, en ciertos tramos históricos, tienen que "revestirse" de una particular forma partidaria, estos cauces populares irrespetan las formas organizativas y los mecanismos de representación tramposos del sistema y, entre otros elementos, los reemplazan por un nuevo eje estructurador y referencial conformado por la conducción de líderes carismáticos. Pero estos líderes populares no generan los movimientos políticos, porque no son hacedores sociales mágicos, sino que tienen la facultad de detectar la insatisfacción de las masas, se convencen de la necesidad de su reivindicación, perciben la viabilidad histórica del cambio y tienen la capacidad de congregarlas, en una actitud histórica exactamente inversa a las de las élites oligárquicas.

[5]Selser, Gregorio: Guatemala: 10 años después de ALPHEM, en Nueva Sociedad, mayo-junio 1984, No.72, pág.59.

Estos "movimientos" no son uniformes en sus objetivos específicos ni en su desarrollo histórico. Existen diferencias entre el peronismo argentino de 1945, el laborismo brasileño de 1930, la "revolución boliviana" de 1952, el proceso guatemalteco de octubre de 1944, el sandinismo nicaragüense de principios de la década del 30 o la "revolución peruana" de 1968. Sin embargo, todas estas experiencias son portadoras de dos objetivos centrales: la reivindicación social de las masas y la independencia nacional ante el imperialismo.

Este segundo objetivo de liberación es ideológicamente definitorio dada la implantación histórica de estos movimientos en un continente estructuralmente dependiente y trae como consecuencia que, como en toda empresa independentista nacional, los movimientos agrupen en función de la pertenencia a la nación más que de la pertenencia a una clase . Esta circunstancia los hace policlasistas y, aunque predominantemente se componen de los sectores populares y obreros, no están atados a dogmatismos de clase; es decir, son más nacionales que clasistas.

Precisamente, el contenido nacionalista que portan es criticado por ciertas perspectivas internacionalistas y esa característica, sumada mecánicamente a la circunstancia de que varios de los líderes populares provienen de las fuerzas armadas, basta para que algunas versiones los tilden de "militaristas", "nazis" o "fascistas".

Es de observar, sin embargo, que casi todas las experiencias movimientistas que llegan al poder son derrocadas por golpes militares, aún en los casos en que sus líderes provienen de ese sector (como, por ejemplo, Perón, Arbenz o Velasco Alvarado), lo cual indica que los mismos no son, o dejan de ser, expresión de los cuerpos armados mientras sí lo son de las masas populares.

El caso de la llamada "revolución peruana" es típico en este aspecto. Inmediatamente de producida la toma del poder, el 3 de octubre de 1968, la prensa soviética, por ejemplo, califica al gobierno de "fascista" guiada, seguramente, por el carácter militar de sus dirigentes y por el procedimiento empleado para su acceso al poder. Sin embargo, el proceso allí iniciado pone en marcha reformas estructurales de la sociedad peruana y logra el apoyo de masas obreras y campesinas a raíz de lo cual se lo termina caracterizando como un proceso "socialista" y hasta "marxista". Pero lo más importante para nuestro análisis es que las fuerzas armadas que le sirven inicialmente de sostén se convierten luego, conocida la dirección real del proceso, en su límite y más tarde en su verdugo[6].

[6]González Casanova, Pablo: La democracia en México, ERA S.A., México ,1965, pág.59.

Algo semejante ocurre con el peronismo, que en sus inicios encuentra respaldo en sectores militares para sufrir más tarde el enfrentamiento de las fuerzas armadas y ser derrocado por ellas, pese a su legitimidad electoral, cuando advierten su carácter popular y transformador. También es semejante el caso de Vargas, derrotado por los militares brasileños en octubre de 1945, y el del coronel Arbenz derrotado por los militares con colaboración norteamericana como, por cierto, también ocurre en los casos anteriormente mencionados.

Por ello, estas experiencias nada tienen que ver con el modelo militarista que O'-Donnell llama Estado "burocrático-autoritario", el cual ha tenido y tiene aplicación latinoamericana, pero exactamente a contramano de los movimientos populares ya que nace para detenerlos y reprimirlos pues, como dice el autor, "estos regímenes, a partir de Brasil del 64, la Argentina del 66 y mucho más agudamente Chile del 73, Uruguay del 73 y la Argentina del 76, son implantaciones autoritarias que ocurren como consecuencia de que los sectores populares alcanzan un alto grado de movilización y organización"[7].

Otros aspectos que algunos cuestionan a estas experiencias es su presunta falta de carácter "revolucionario". Preferimos prescindir del término "revolucionario" por lo equivoco de su significado, pero sostenemos que, con variedad de grado y amplitud, estos movimientos populares constituyen procesos de transformación social representada como mínima expresión, en la toma de conciencia de las masas respecto del papel que les corresponde dentro del conjunto de la sociedad. Las insuficiencias y limitaciones que estos movimientos pueden haber mostrado, y que sin duda tienen, no invalidan este logro que, en la mayoría de los casos, hace irreversible el avance popular además de demostrar su viabilidad histórica.

El sentido y el grado de las transformaciones que estas reacciones populares producen, debe ser observado y valorado en el contexto en que ellas operan y en proporción a sus posibilidades históricas. En tal sentido, sirve de ejemplo lo que expresa Selser refiriéndose al proceso guatemalteco de Arbenz y Arévalo: "lo revolucionario no es, al menos en una primera etapa, proponer la modificación sustancial de las estructuras socioeconómicas tradicionales, sino el elemental ejercicio de las formas democráticas prácticamente desconocidas en el país a todo lo largo de su vida republicana independiente"[8].

[7]Moreno Sánchez, Manuel: México 1968-1972, Instituto de Estudios Latinoamericanos, universidad de Austin, 1973, pág 6.
[8]Péron, Juan D.: Conducción Política, de. Freeland, Buenos Aires , 1971, pág .27.

Efectivamente, lo que en un contexto de etapas superiores de desarrollo popular resulte rezagado puede constituir, sin embargo, un importante avance social y político en sistemas tradicionales, razón por la cual cada experiencia debe ser evaluada en sus propias circunstancias de espacio, tiempo y posibilidades, reflexión ésta sumamente obvia que, sin embargo, ha sido frecuentemente olvidada.

En cambio, el riesgo que corren los movimientos populares, sobre todo cuando han alcanzado el poder, es su mutación en organizaciones cristalizadas que produzcan un sistema de desmovilización popular y de nuevo autoritarismo y que, perdiendo su calidad de generadores de poder, se transformen en meros conservadores del poder al estilo de los partidos políticos contra los cuales reaccionan.

Algo de eso le ha ocurrido, por ejemplo, al otrora revolucionario sistema mexicano influenciado ahora, según González Casanova, por el poder de los "financieros y empresarios"[9] y dominado por el Partido Revolucionario Institucional en el que, según Moreno Sánchez, se observa "... débil intervención de la masa, suplida por una creciente actividad de la burocracia siempre de arriba hacia abajo, es decir, del centro a la periferia, del núcleo donde se toman las decisiones hacia la zona donde únicamente se obedecen" y donde las elecciones nacionales han llegado a tener un 49 por ciento de abstención.

Sin embargo, y más allá del riesgo señalado, debe advertirse que, ya se considere a los movimientos como etapa previa del partido o a ambos como momentos sucesivos en el flujo y reflujo del desarrollo popular, los movimientos tienden a buscar formas de organización adecuadas al tipo de acción a cumplir, ya se trate de lograr el poder o de gobernar desde el poder.

EL CASO DEL PERONISMO

El peronismo surge en Argentina como una reacción popular contra el sistema económico, social y político oligárquico que oprime a una sociedad en proceso de transformación, debido al desarrollo industrial y cuya modernización social es tercamente reprimida por las élites tradicionales. Se inscribe, pues, en las características generales de los movimientos populares, según lo hemos visto anteriormente, y se constituye en alternativa al sistema y al tipo de partido político que también hemos descrito.

[9] Péron, Juan D.:ob .cit, pág .28.

Su organización es muy peculiar. Además del liderazgo que lo caracteriza, el movimiento se estructura en tres grandes ramas: política, femenina y sindical (que luego serán cuatro, cuando se agrega la rama de la juventud) y paralelamente cubre las exigencias legales de un partido político que subsiste larvalmente a la vera del movimiento para cuando resulte de necesidad.

Su historia también es muy peculiar. Como movimiento irrumpe tumultuosamente con la movilización de las masas que, por ejemplo, producen la concentración popular del 17 de octubre de 1945, la cual puede considerarse su primera acción de asedio insurgente del poder. Pero el acceso al poder lo realiza a través del acto eleccionario del 24 de febrero de 1946, es decir, a través del propio sistema político incapacitado en ese momento de contener la indocilidad popular y para lo cual se expresa bajo la forma circunstancial de partido político. Este partido político, sin embargo, poco tiene que ver con el tipo clásico de los pertenecientes al sistema pues, como hemos mencionado, se trata, más que nada, de una forma instrumental destinada a cumplir las exigencias "legales" pero que, en la práctica, resulta desbordada por la dinámica del movimiento popular y por el liderazgo que lo conduce.

Esta experiencia es repetida. Cada vez que el peronismo ejerce el poder o combate por el poder es movimiento popular y sólo cuando debe cumplir los procedimientos legales de los actos electorales, es partido, pero además, con sus propias características. Esta adecuación a la función seguramente obedece a la idea de Perón de que "se facilita la lucha política cuando la organización corresponde bien al objeto" lo cual puede definirse como un principio estratégico.

Por ello, el peronismo es movimiento popular insurgente en el intento revolucionario del 9 de junio de 1956, en las luchas obreras reprimidas por el "Plan Connintes", en las puebladas del "cordobazo" y el "rosariazo" o ante la reciente dictadura militar y es expresión electoral, aunque proscripta, en las elecciones de 1958 y 1963 y movimiento frentista en 1973 (marzo y septiembre).

La respuesta del sistema contra el peronismo también es doble y se adecúa a la forma adoptada por éste. Es decir, al sistema le basta con "ilegalizarlo" para proscribirlo en cuanto partido (elecciones de 1958 y 1963), pero debe acudir a la represión para combatirlo en cuanto movimiento (revolución de 1956, "Plan Connintes" o la reciente dictadura), generándose la constante histórica de que cada vez que el peronismo llega al poder por vía electoral a través del partido se debe a que las condiciones permisivas del sistema han sido creadas, entre otras, por la acción asediante del movimiento (casos de 1946 ó 1973).

Vista fugazmente esta historia política del peronismo, es posible que ayude a hacer comprender que la disyuntiva de movimiento o partido tiene mucho de aparente en su caso, pues hasta el presente ambas formas han venido operando en una relación de complementariedad y no está definitivamente resuelto si las circunstancias contextuales merezcan hacer variar esa estrategia. En los aspectos en que la alternativa no sea aparente sino real, ella no podrá ser resuelta, sin embargo, en un plano meramente especulativo, porque ambas son formas de organización destinadas a la operatividad política y, por lo tanto, su ventaja, o desventaja, utilización o desuso, dependerá más que nada de los objetivos que quedan pendientes de alcanzarse y de las características del sistema político, económico y social donde deban moverse las masas populares argentinas. Es decir, que la decisión estará en la respuesta que esas masas populares deban ofrecer a situaciones históricas concretas según el principio estratégico anteriormente transcrito.

Lo que sí resulta necesario es que, desaparecido el liderazgo que oficiaba de eje estructurador, el peronismo acometa la tarea de llenar ese vacío referencial construyendo nuevos ejes estructuradores. Dichos ejes, seguramente, tendrán que ser de dos tipos: a) ideológico, en el sentido de precisar, actualizar y difundir su contenido doctrinario, y b) organización, en el sentido de ajustar sus mecanismos internos de toma de decisiones y de dilucidación ordenada de discrepancias, ya sea en la forma del movimiento o del partido, pero asegurando el mayor grado de movilización y participación efectiva de sus bases.

En referencia a la idea del partido, lo que también parece indudable es que por su desarrollo histórico y su sistema de ideas, la forma en que pueda llegar a pensarse no será la del tipo tradicional latinoamericano que hemos descrito al comienzo, cuya naturaleza es sustancialmente contraria a la de los movimientos de masas. La eventual idea de partido para el peronismo sólo sería pensable en términos de una organización movilizadora, participativa, abierta, transformadora y que constituya un instrumento apto para alcanzar objetivos de carácter nacional como la liberación aún pendiente; una especie de cuerpo de partido y alma del movimiento. Pero más allá de toda forma contingente que, como decíamos antes, deberá depender de los objetivos que todavía queden pendientes de alcanzar y que la propia práctica política indicará, creemos que el peronismo, para asegurar su continuidad, sí deberá recordar las ideas de Perón de que "sólo la organización vence al tiempo" y de que "tampoco se puede permanecer siempre con la misma organización por lo que hay que hacerla evolucionar de acuerdo con el tiempo y la situación".

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 74, Septiembre- Octubre de 1984, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>**.